La autoficción para no morir

Memoria de derrotas

RAFAEL BAENA

Alfaguara, Bogotá, 2017, 266 pp.

RAFAEL BAENA (1956-2015), el fotógrafo, editor y periodista nacido en Sincelejo y radicado en Bogotá, escribe su primera novela, *Tanta sangre vista* (2007), a los 41 años. Esa aparición tardía en la ficción narrativa pareciera que lo motivara a intensificar la imaginación, el deseo de escribir de modo más intenso, porque cuatro años después Alfaguara, su editorial, publica tres nuevas obras del autor en el mismo género: *¡Vuelvan caras, carajo!*, *Samaria Films XXX*, y *La bala vendida*, todas de 2011. Más tarde deja conocer a sus lectores *Siempre fue ahora o nunca* (2014), *Ciertas personas de cuatro patas* (2014) y *La guerra perdida del indio Lorenzo* (2015). Como obra postrera, se encuentra en librerías *Memoria de derrotas* (2017), motivo de la presente reseña. Esto significa que, en vida y en el estrecho margen de ocho años, Baena escribió ocho textos.

Su constancia y su decisión de escribir sin descanso parecían estar dirigidas a vencer la muerte, la enfermedad pulmonar obstructiva crónica que al final lo venció. Pero él supo, a través de Marcelo, el personaje central de su novela póstuma, verse a sí mismo en el momento de partir, para asumir su última derrota, la muerte.

En un resumen didáctico, *Memoria de derrotas* se puede entender como el permanente encuentro narrativo de escenas de vida y muerte. El arranque se da con la vida de Leonardo, el nieto recién nacido que Marcelo carga en sus brazos. De inmediato surge el tema de la muerte. El dilema es si el morir debe ser natural o a través de la eutanasia, inducida por un médico. Para Marcelo, quien se halla enfermo como Baena, su creador, es un tema de pensar, de reflexionar, mientras que para el médico es simplemente un asunto remunerativo, de dinero, dado que “la autoestima del médico a cargo del aparataje recibe un estímulo similar al que recibe un futbolista cuando anota un gol” (p. 12).

La propuesta de Rafael Baena está en la puntualización de lo que cotidia-

namente, de lo que día a día, entrega el vivir, pero que para los protagonistas tiene filos cortantes, esos que agreden porque lo cotidiano está lleno de violencia. Sin embargo, para suavizar el vivir, todo ello se puede satirizar. El humor salva, da el tono preciso para que el lector aprecie mejor lo trágico de las tramas de la vida. Aunque Marcelo está aferrado a la vida y dice no temerle a la muerte, lo que lo inquieta es que por enfermar y envejecer no pueda continuar con su vida sexual. El narrador lo plantea a través de lo que siente el personaje, en un lenguaje directo, sin tapujos: “Ojalá pudiera echarse otro polvito más o varios, que haberse convertido en abuelo no significa necesariamente renunciar al placer” (p. 13).

Marcelo, enfermo y mujeriego, en ese estado de bacanería final en el que se halla, después de separarse de su esposa Eloísa, busca a través de un aviso clasificado a una joven dama de compañía. Después de solicitarla por teléfono, ella se presenta a su apartamento. Se llama María José y llega con los rotos de moda en el bluyín, que le dejan ver los muslos: “Traía un morralito con sus cosas y algunas prendas de recambio, que además encajaban perfecto en el rol de terapeuta con el que se anunció en la portería” (p. 14).

En el entretrejejo literario que Rafael Baena realiza en su novela aparecen rasgos biográficos de alguien que, como él, enfermo, tuvo que padecer la tragedia y superarla a través del ejercicio dinámico de la escritura. Para otros hubiera sido un consumirse, un hundirse en las fuerzas del cuerpo que no se sostiene, mientras que para él fue una posibilidad de ascender del infierno al cielo, de llegar al lugar donde piensa la palabra.

Rafael Baena tuvo claro que *Memoria de derrotas* no podía ser otra cosa que autobiografía en la ficción. En su último planteamiento narrativo ya había desarrollado la tesis del egoísmo, o lo que en el idioma inglés se entiende como *selfies*. Ese deseo, como él lo explica, de retratarse en los “museos tomándose *selfies* frente a la *Gioconda* o *La mujer de oro*”, y no por lo que las obras son, sino por “verse ellos frente a los cuadros, la imagen sobre la imagen” (p. 156). Marcelo, el personaje, quiere buscar un lugar en las letras, cosa que

cada vez es más difícil dado que, según lo dice el narrador unos renglones arriba de la anterior cita, “el cerebro de los humanos ha sido convertido en una masa perezosa que ha perdido la capacidad de ‘ver’ lo que lee y a la que se le dificulta mucho la comprensión de textos con una extensión superior a una página”.

Sobre la mesa, de nuevo, el tema del fin de la novela. La solución o por lo menos un camino para rescatar el género, para que funcione sin ser la historia de otros, sino la propia. Esto sucede, esto se da, siguiendo la propuesta imaginaria del inexistente escritor sueco Björn Ove Lindgren, que ha tenido un supuesto éxito narrativo con cinco tomos autobiográficos a los que ha titulado *Yo pecador me confieso* (p. 157). Lo propuesto por Baena a través del tal Lindgren tuvo su inicio cierto en la fórmula narrativa que usara Marcel Proust en su obra *En busca del tiempo perdido*.

En este momento del desarrollo de la narración, el lector de Rafael Baena puede comenzar a entender por qué ha pensado su novela como *selfies*, y por qué hay un albur de nombres: Rafael, Marcel y Marcelo.

La buena socarronería del escritor de Sincelejo está siempre presente para evitar cualquier trascendencia. El narrador nos precisa que Marcelo, editor de profesión, admirador del novelista de temas históricos Juan Eugenio Cadavid, ha decidido escribir una novela para demostrarle a Eloísa, su exmujer —que ha sido seducida y vive con Cadavid, ese escritor con “cara de yo no fui y ese airecillo de artista”—, que está dispuesto a “lograr un texto que sacuda los cimientos del sanedrín literario” (p. 157).

Se trata de una novela que busca explicar cómo se puede escribir una novela, sin ninguna pretensión de sabio, o con una sabiduría que no se expone, que no se muestra, con todo el saber implícito en la trama y la redacción de la misma. Rafael Baena tenía un gran conocimiento narrativo, un saber de lo que son las técnicas de escritura con sus coartadas, sus secretos, sus infinitas posibilidades narrativas. Su texto cuenta con la presencia de Cervantes, “todo aquello que en el fondo y en la superficie es el Quijote” (p. 153), el autor que introdujo trozos

NOVELA		RESEÑAS
<p>de otras novelas en la novela, como lo hiciera por ejemplo en el capítulo XX de la segunda parte, con las bodas de Camacho.</p> <p>Rafael Baena incorpora fragmentos más o menos extensos de otras novelas, los que según Darío Jaramillo —en el comentario que se puede leer en una de las solapas del libro— eran argumentos de novelas que para Baena “se quedaron entre el tintero”, dejando claro con ello el arrojo del escritor incansable que quería mostrar todo lo que había logrado con su escritura.</p> <p>Algo similar a lo anterior sucede cuando, con microrrelatos mordaces, se sale de la trama central. Marcelo y Eloísa, el matrimonio, quieren mantener a sus hijos organizados, haciéndoles firmar un “Reglamento de vacaciones”. Después de establecer un orden del día, proponen una “Tabla de penas y castigos” para que los hijos no atenten, con comportamientos desordenados, contra las vacaciones escolares: “Para faltas graves al reglamento, se condena al acusado a ser recluido en la oficina del ogro Marcelo, viéndolo trabajar y ponerse histérico (esta pena no es negociable)” (p. 197).</p> <p>Si bien Baena se propuso una novela en la que todo se podía ver desde lo fúnebre, lo lúdico no lo aparta de ese fin; por el contrario, restablece lo lúdico como un enclave necesario y presente en las derrotas.</p> <p style="text-align: right;">Álvaro Miranda</p>		